



Kordon: crónica de una amistad. Entrevista a Jorge Lafforgue

María Lourdes Gasillón¹

Recibido: 24/06/2016

Aceptado: 15/07/2016

En junio de 2015, Jorge Lafforgue fue invitado a participar como conferencista de una mesa especial que homenajeaba a Susana Zanetti, en el marco del IX Congreso Internacional Orbis Tertius.² Antes del inicio de la conferencia, tuve la oportunidad de saludarlo y entablar con él un diálogo muy cordial e interesante sobre quien fuera su amigo, el escritor argentino Bernardo Kordon. Le pedí si podía responder una serie de preguntas que le mandaré por mail sobre su relación con Kordon y otros datos que sólo él podría brindar, pues constituyen recuerdos íntimos, atravesados por el cariño y la amistad. Lafforgue accedió y pautamos una entrevista.

El texto híbrido –entre la ponencia y la entrevista– que transcribimos a continuación es el resultado del punteo de vivencias e impresiones personales del investigador que, por un lado, responden a algunas de las preguntas disparadoras que le propuse aquella vez y, por otro, constituyen el esqueleto de su presentación en las Jornadas Bernardo Kordon. Tripulante de Buenos Aires, realizadas en el Museo del libro y de la lengua (anexo a la Biblioteca Nacional) en noviembre del año pasado, a cien años del nacimiento del autor de Toribio Torres, alias Gardelito.³

¹ Profesora en Letras y Magíster en Letras Hispánicas por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria doctoral de CONICET. Miembro del Grupo de investigación: Estudios de Teoría Literaria. Contacto: mlgasillon@yahoo.com.ar

² Jorge Lafforgue (Esquel, provincia de Chubut, 1935) es escritor, crítico literario, profesor universitario y editorialista argentino. Egresó de la Universidad de Buenos Aires con el título de profesor de Filosofía. Actualmente, está a cargo de las cátedras de Literatura Latinoamericana en la Universidad del Salvador (desde 1972) y de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora (desde 1987). Ha dictado cursos, seminarios y conferencias en la Universidad de San Pablo (Brasil), Universidad de Bogotá (Colombia), Universidad de Roma La Sapienza (Italia), Università degli Studi Roma Tre (Italia) y Universidad de Pekín (China). Ha sido invitado a eventos de su especialidad en países americanos, europeos y asiáticos. Ha ejercido el periodismo como redactor, columnista o colaborador en *La Opinión*, *Clarín*, *Panorama*, *Siete Días*, *Redacción* y *El Observador* (Buenos Aires); y en *Marcha*, *Jaque*, *El Día*, *El País*, *Brecha* y *Graffiti* (Montevideo). Además, ha recopilado, seleccionado, prologado o anotado, según los casos, diferentes publicaciones de narrativa y teatro latinoamericano.

³ Debido a que, por diversos conflictos de intereses, finalmente no hubo actas de aquel encuentro, Eduardo Romano, director del Instituto de Literatura Argentina Ricardo Rojas, dependiente de la Universidad de Buenos Aires, le pidió a Lafforgue una copia de lo que había leído para evaluar su

Preliminar

La evocación personal de Bernardo Kordon que haré en estas Jornadas ha tenido al menos un par de instancias previas. Arrancó en La Plata cuando fui a presentar junto al Teuco Castilla *Sombra del fondo* del querido amigo y gran escritor salteño Carlos Hugo Aparicio publicado por Mil Botellas. Ramón Tarruella me acercó entonces el catálogo de esa esforzada editorial platense junto con algunos de sus títulos; entre ellos *Toribio Torres (alias) Gardelito – Kid Ñandubay*, un ejemplar con dos novelas cortas de Bernardo Kordon prologadas por Germán García. Poco después, en el Noveno Congreso Internacional Orbis Tertius, organizado por la Universidad Nacional de La Plata, me abordó María Lourdes Gasillón, doctoranda de la Universidad Nacional de Mar del Plata que en su tesis estaba trabajando sobre Kordon y otros escritores argentinos. Ella entendía que para su investigación mis recuerdos del escritor podían serle útiles; no quise defraudarla y acordamos entonces un intercambio de mails al respecto. Finalmente, cuando semanas atrás Matías Raia me invitó a participar en estas Jornadas de homenaje al “tripulante de Buenos Aires” no dudé un instante en aceptar el convite, por el cariño hacia Bernardo y por la alta estima hacia su obra; a su vez, él aceptó que me centrara en una evocación de mi amistad con Kordon. Asumo mis palabras a sabiendas de sus limitaciones y sin imputarle a ninguno de los dos lo endeble de mis recuerdos ni la excesiva autorreferencialidad de los mismos.

María Lourdes Gasillón (MLG): ¿Cómo y cuándo conoció usted a Bernardo Kordon?

Jorge Lafforgue (JL): A comienzos de los sesenta yo realizaba algunos trabajos para la Editorial Losada: corregía pruebas y redactaba solapas para la Biblioteca Filosófica. Un día, tal vez en marzo de 1961, concurrí a entregar las 170 páginas de un volumen integrado por “Vagabundo en Tombuctú” y otros cinco relatos de Kordon. Seguramente habían contribuido a su publicación el entusiasta prólogo de Pablo Neruda y la recomendación de Roa Bastos, ganador del Primer Premio del concurso de Losada en 1959 y que para el cine había escrito el guion de *Alias Gardelito*, film de Lautaro Murúa basado en un relato de Kordon, que se había estrenado por esos días; más allá de estos u otros motivos la decisión editorial era todo un acierto.

Fue así que en el primer piso de Alsina 1131 conocí al autor del libro cuyas pruebas había ido a entregar; yo tenía 25 años y estudiaba Filosofía en la UBA, por lo que Kordon me llevaba poco más de veinte años y hacía algunos más que venía publicando (su primer libro, *La Vuelta de Rocha*, había sido editado por la Agrupación de Jóvenes Escritores en 1936). De aquel encuentro breve y cordial no recuerdo el diálogo, pero es probable que le haya manifestado mi entusiasmo por la lectura de sus relatos.

Pasaron unos dos o tres años desde aquel primer encuentro hasta que se produjeran el segundo, el tercero y otros muchos. Éstos ocurrieron en los pasillos del estrecho salón de Talcahuano 485, donde el librero Jorge Álvarez había instalado su editorial. Junto a los títulos de David Viñas, Puig, Piglia, Germán García, Aníbal Ford,

publicación en unos cuadernillos de circulación interna del Instituto. Esta intervención es la que presentamos, bajo autorización de su autor.

Germán Rozenmacher, Walsh y Quino, entre otros que publicó Álvarez, figuraban cuatro de Bernardo Kordon: *Reina del Plata* (1966), *Domingo en el río* (1967), *Hacele bien a la gente* (1968) y *China o la revolución para siempre* (1969) (originariamente, el primero se había publicado en 1946 y el segundo, en 1960); también uno en colaboración sobre *El tango* (1967) (como Bernardo solía recordar comenzó escribiendo en la popular revista *Sintonía* sobre la guardia vieja del tango). De esos encuentros no programados en Talcahuano, con derivas a los cercanos cafés de Corrientes, en particular al Ouro Preto, sí recuerdo varios retazos de charlas con él, charlas sin temario fijo y no pocas veces prolongadas.

MLG: ¿Qué puede contarme de esas charlas informales?

JL: Han pasado muchos años, por lo que mis recuerdos son algo borrosos. Pero hay algunos que se han mantenido nítidos. Por ejemplo, Brasil, su pasión por “el descomunal y fascinante territorio brasileño”. Yo había ascendido a director editorial de Losada y estaba impulsando la publicación de la narrativa de Jorge Amado, pero además estaba copado por la poesía brasileña. Luego de mi primer viaje a ese país, en que recorrí San Pablo, Río, Belo Horizonte y Brasilia, él no solo compartió mi gran entusiasmo sino que me contó largamente de sus viajes por esas tierras desde su adolescencia; de su entrañable amistad con el inmenso pintor Carybé (Héctor Bernabó, porteño hijo de padre italiano y madre brasileña, artista errante hasta que en 1938 se afincó en Bahía e hizo de esa ciudad “la carne de su carne y la sangre de su sangre”, al decir de Jorge Amado); de sus lecturas de Graciliano Ramos, ese estupendo escritor nordestino del cual tradujo *Vidas secas* (al que junto a Juan Rulfo y Manuel Rojas solía mencionar Kordon como los escritores latinoamericanos que más admiraba: “no escondo mis preferencias algo fanáticas por ellos”); de sus propios textos sobre la cultura afroamericana o similares temas en nuestro continente (en 1939 había publicado *Macumba* y en 1958, *Lampeão*). Unos años después a Mempo Giardinalli le dirá: “[...] en Chile creían que yo era un escritor brasileño. Y a mí eso me honraba. Porque cuando mis padres vinieron de Rusia a mí me concibieron frente a las costas del Brasil”. Salvo quizá Enrique Molina, nunca encontré un interlocutor tan fervorosa e íntimamente compenetrado como Bernardo Kordon con la cultura, el paisaje múltiple y la gente de ese país. Pero además, Bernardo admiraba la poesía de Blaise Cendrars (conocía al dedillo *Hoja de ruta*, libro dedicado a Mario Andrade, Oswaldo de Andrade y otros grandes de la literatura modernista brasileña, libro que traza la ruta Cendrars por selvas, ríos y ciudades del Brasil).

No obstante, en su caso, este reconocimiento de Cendrars también se vinculaba con su frecuentación de esos muchos escritores que en la primera mitad del siglo XX daban testimonio de sus viajes y aventuras por el mundo: Pierre Loti y Paul Morand eran probablemente los más taquilleros, pero también se contaban André Gide, Pierre Mac Orlan, Albert Londres y otros. Kordon repudiaba a Loti (remito a su implacable diatriba contra ese “apologista del colonialismo”, capítulo V de *Reportaje a China*); y además de Cendrars admiraba a Albert Londres, uno de los iniciadores del periodismo de investigación, crítico de los abusos del colonialismo, del cual Kordon tradujo y prologó *El camino de Buenos Aires*, una fuerte denuncia de la “trata de blancas”; libro

editado originariamente en 1927 y cuya versión kordoniana publiqué en Legasa en los ochenta).

De aquellas charlas circunstanciales surgió una doble invitación de Bernardo: a colaborar en un proyecto periodístico y a participar en la organización de una agrupación político-cultural. Fue entonces que mis reuniones con él se volvieron frecuentes y multiplicaron sus escenarios. Tres fueron los principales: el café de la esquina de Córdoba y Jean Jaures (a pocos metros de la imprenta familiar donde por las mañanas trabajaba), un patio medio sombrío en el barrio de Villa Urquiza por las tardes/noches para los debates de tinte político y su muy confortable departamento de Avenida Santa Fe casi Callao, donde vivía y realizaba sus reuniones sociales.

MLG: ¿A qué proyecto periodístico hace referencia?

JL: Entre 1953 y 1954 Kordon había editado ocho números de una revista titulada *Capricornio*, entre cuyos aportes recuerdo particularmente la filosa polémica sobre el papel del intelectual entre Sartre y Camus. Kordon quería relanzar la revista y me invitó a que lo hiciéramos juntos, él como director y yo como secretario de redacción. Un equipo bien reducido. En líneas generales la división del trabajo consistía en que mientras él se encargaba de la distribución y del aspecto económico, yo me ocupaba de las tareas técnicas (diseño, armado y corrección); pero primero ambos nos reuníamos ante unos suculentos desayunos para definir los contenidos: Kordon era quien aportaba las contribuciones sobre la cultura china, desde cuentos y poesías de su milenaria tradición hasta los testimonios de visitantes argentinos recientes como Carlos Astrada, Juan José Sebrelí, Gregorio Bermann o él mismo; por mi parte, introduje algunas miradas latinoamericanas, como un ensayo de Josué de Castro o mi crítica a *La ciudad y los perros*, la primera novela de Mario Vargas Llosa que acababa de aparecer. No quiero olvidarme del que fue un estrecho colaborador en esta etapa de *Capricornio*, Sebrelí, quien abrió el primer número de la revista con un artículo suyo sobre “Héctor Raurich, un pensador maldito”, seguido del ensayo “Defensa del arte” del propio Raurich. Hoy, frente a los números que sacamos en 1965, puedo determinar cuáles fueron los aportes de nosotros tres, reconociendo que sin duda la gran mayoría correspondieron a Kordon. Creo que más allá de cierto eclecticismo, *Capricornio* contribuyó sesgadamente a evidenciar buena parte de la problemática político-cultural que entonces movilizaba a la mayoría de los intelectuales argentinos. Lamentablemente esta segunda versión de la revista duró solo ese año, pues a mediados de octubre de 1965 partí en un largo viaje por Europa y China, país que recorrí durante un par de meses. Cuando regresé, a comienzos del ‘66 intentamos retomar la tarea, pero los crecientes costos pusieron fin a nuestros propósitos, tan endebles (económicamente) como ambiciosos (ideológicamente).

MLG: En esas “ambiciones ideológicas” ¿qué lugar ocupaba el presente histórico de la República Popular China? ¿Ustedes dos tenían una misma mirada al respecto?

JL: No sé si igual, aunque sí muy similar. Ambos compartíamos una visión casi igual del estado político-social de nuestro país y teníamos una coincidencia fundamental: no éramos peronistas, pero distábamos mucho de ser antiperonistas acérrimos, “gorilas”.

En cuanto a nuestra mirada global pensábamos que en la sociedad capitalista se estaba muy lejos de haber erradicado la pobreza y la injusticia, y que era necesario luchar por un mundo mejor, más equitativo y justo. Y a la vez pensábamos que el socialismo era la vía para superar esa situación, o cuanto menos atemperarla. Un socialismo, acordábamos también, que partiese de nuestra propia realidad social. Claro que, al menos yo, me preguntaba en qué medida esa vía debía contemplar los modelos políticos que se proclamaban socialistas. El stalinista de la Unión Soviética me producía una enorme desconfianza; y al modelo cubano lo consideraba irreplicable para nuestro país, pues alertados los yanquis, Sierra Maestra era impracticable en las selvas del NOA. China, ese país oriental lejano e inmenso, tampoco era un modelo a seguir, aunque sí a tener en cuenta. Por su misma diversidad histórica, por los avatares de su cultura milenaria, por los épicos sucesos que habían llevado al régimen maoísta a la victoria y por sus logros en revertir la injusticia, China muy posiblemente ofreciese ejemplos y prácticas a considerar con atención. En nuestro país el gobierno chino había montado una agencia informativa internacional, Sinjua, cuyo director local era Juan Gelman; además, importantes fracciones (sobre todo de la juventud de los partidos socialista y comunista) se habían escindido para constituir agrupaciones o partidos de izquierda encolumnados tras el maoísmo, como Vanguardia Comunista. De manera tal que la adhesión y promoción del régimen maoísta tenía buena cobertura política entre nosotros. Pero no era eso, o no era solamente eso, lo que yo buscaba; y ahí encajaba Kordon con su segunda propuesta. Él había estado ya tres veces en la República Popular China y, al producirse la ruptura con la Unión Soviética, se había manifestado a favor de la primera. En su haber figuraban *600 millones y uno* (1958) y *El teatro tradicional chino* (1950) y por esos días me había pasado el original de *Reportaje a China*, “una visión personal del país que conmueve al mundo”, que le editaría Agustín Ferraris; además yo conocía otros emprendimientos suyos en pro de la cultura china. Claro que, aunque ambos compartíamos la admiración por los logros de ese pueblo, Kordon me llevaba muchas millas de ventaja. El *Reportaje a China* se abría con el relato de una conversación con “Mao Tse-Tung, poeta y soldado” en la Ciudad Prohibida, una “extraña dependencia del Palacio Imperial convertido en comando revolucionario”, que databa de la dinastía Ching; la conversación habría de girar sobre ese mundo en transformación, “que apunta al porvenir, pero que no olvida su pasado”.

MLG: ¿Cuáles eran en ese momento sus intereses específicos y con qué personas se vinculaban en la República Popular China?

JL: El vínculo fuerte lo tenía obviamente Kordon y su principal interlocutor era Chu Tu-Nan, presidente de la Asociación de Amistad Chino-latinoamericana. Nuestra cooperación cubría diversos aspectos, desde la elección de intelectuales dispuestos a trabajar en el centro de traducciones de Lenguas Extranjeras en Beijing hasta la invitación a personalidades del ámbito cultural a visitar el gran país asiático (a lo largo de setenta días del '65 yo tuve el privilegio de recorrerlo y pude luego dar testimonio). Volvamos a Bernardo: mi relación con él en ese momento tenía al menos dos canales complementarios: uno era el vínculo que él mantenía con autoridades del gobierno chino, y que yo solo conocía indirectamente; el otro era su pasión por la cultura china, tanto la de ese momento como la milenaria. Lo sabemos, una cultura antiquísima y

fascinante, avasallada luego por las grandes potencias imperialistas de Occidente y que entonces había reaccionado contra ese inicuo sojuzgamiento, erigiendo una voz ciertamente nueva, aunque reivindicadora de sus raíces milenarias.

Por Bernardo leí entonces muchos textos de la literatura clásica china, de la cual yo tenía un conocimiento bastante precario: mi fuente principal era la excepcional antología de poesía china de Marcela de Juan, publicada por *Revista de Occidente* en 1962. Con él compartí la admiración por la poesía de Li Tai Po y de Tu Fu, disfruté los trabajos de Lu Sin, el escritor contemporáneo favorito de Kordon, y recuerdo que antes de viajar dejé corregidas las pruebas de su antología de *Cuentos de la dinastía Tang*, que tradujo del francés y que se publicó bajo el sello Capricornio. Todo esto se ubica en el primer lustro de los sesenta, pues a poco de mi regreso estalló la Revolución Cultural en la República Popular China y la situación cambió.

MLG: ¿En qué sentido cambió la situación?

JL: La doble situación, para precisar. Pues mientras en China se iniciaba la Revolución Cultural, en nuestro país se instauraba la autodenominada “Revolución argentina”, o sea el Onganiato; y si aquella concluye con el ascenso de Deng Xia-ping, nosotros hablaríamos de duros enfrentamientos hasta desembocar en el autoproclamado “Proceso de Reorganización Nacional”, la dictadura más feroz de nuestra historia. La Revolución Cultural, que se abre en 1966, oficialmente ha de cerrarse tres años después; aunque la lucha por el poder seguiría encarnizadamente hasta concluir en 1976, con la muerte de Mao, la derrota de “la banda de los cuatro” y el ascenso de los revisionistas, que ha de permitir el desarrollo del “comunismo con rasgos de mercado”, decididamente procapitalista.

En aquel momento, el radicalismo de las acciones políticas que se manifestaron en la sociedad china me desconcertaron y opté por tomar cierta distancia, en una espera poco esperanzada. En pleno conflicto, principios de 1968, Bernardo viajó a la República Popular y plasmó sus impresiones sobre “la conmoción más intensa que jamás sufrió China o nación alguna” en el libro más comprometido políticamente de cuantos escribiera Kordon sobre el país asiático: *China o la revolución para siempre*. Se trata de una serie de relatos/pantallazos, que van desde visitas guiadas a lugares donde el proceso revolucionario se mostraba ejemplar, así “Guardias rojos” o “Un banquete didáctico”, hasta entrevistas, como la muy significativa a Kuo Mo-jo, el más prominente intelectual chino y más famoso en Occidente, cuya autocrítica había impresionado a nivel mundial. El tono general del relato era sobrio y objetivo en sus descripciones, aunque a veces “se superpone el sentimiento de que no solo comparto algunos principios con mis anfitriones, sino que los acepto públicamente letra a letra”.

Más allá de este acuerdo básico, una y otra vez el autor plantea interrogantes (esas muchachas ¿son dignas de envidia o de compasión?), desliza dudas sobre ciertos sucesos y, en tres o cuatro pasajes, se hace presente un humor corrosivo.

Sin desatender aquellos sucesos pero con la mayor atención puesta en los de nuestro país, las reuniones de la Asociación de Amistad fueron espaciándose hasta dejar de realizarse a comienzo de los setenta. De los tres escenarios sesentistas, en tanto en la Asociación y en *Capricornio* se había bajado el telón, se incrementaron las reuniones en el tercero, el departamento de los Kordon en Avenida Santa Fe. Personalmente concurrí

para arreglar cuestiones editoriales o, con mi mujer, para participar en reuniones sociales, a veces con otros invitados de heterogénea prosapia (recuerdo haber conocido y/o conversado en alguna de esas oportunidades con María Rosa Oliver, José María Monner Sans, Ernesto Sabato, Juan José Sebrelli, Rodolfo Ortega Peña, el periodista Abel González o el librero Manolo Mosquera).

MLG: ¿A qué cuestiones editoriales se refiere?

JL: Hablábamos de cuestiones varias, desde luego de nuestras lecturas, pero creo que básicamente de su obra narrativa, pues por esos años me erigí en su editor. Ya en 1968 en la revista *Davar* había aparecido una nota que escribí sobre *Vencedores y vencidos*, novela a cuya publicación por el Centro Editor de América Latina yo había contribuido. Y en Losada edité sus tres libros siguientes: *A punto de reventar* (que incluye uno de sus mejores relatos, *Kid Ñandubay*) en 1971, *Los navegantes* al año siguiente y *Bairestop* en 1975. En los umbrales de su última producción, junto con *Adiós pampa mía* y *Manía ambulatoria*, ambos del '78.

MLG: De esa fecha a la muerte de Kordon median más de veinte años. ¿Qué pasó durante esa larga etapa?

JL: En el bienio del '64/'65 solía reunirme con Bernardo dos o tres veces por semana; en cambio, en los '80 una vez cada dos o tres semanas. Nos encontrábamos en la librería Fausto de la Avenida Corrientes o él venía a la Editorial Legasa, en Almagro, donde yo trabajaba a toda máquina. Una de esas veces, octubre de 1982, me dio un ejemplar dedicado "... con la vieja amistad" de *Relatos porteños* que acababa de salir. Él mismo había realizado una selección de 22 textos suyos para la colección "Narradores Argentinos" que dirigía Osvaldo Pellettieri en la Universidad de Belgrano. El volumen no tenía ningún prólogo, pero sí un apretado texto de contratapa, donde el autor reivindicaba al cuento como su quehacer más querido ("me recuerdo cuentista desde mi más tierna infancia") y señalaba algunas de las características que él consideraba definitorias: "El cuento obliga a quitar palabras en vez de acumularlas como suele suceder con las novelas y otras redundancias. Del mismo modo las situaciones son condensadas y seleccionadas en el cuento".

En esos años, pese a que Bernardo era muy renuente a hablar de su propia obra, conseguí algunas veces vencer su reserva. Por ejemplo, me habló de un proyecto en cierge de carácter autobiográfico, con fragmentos o escorzos narrativos sobre su familia, sus viajes, sus amigos y otros temas personales; me alcanzó con un enorme entusiasmo su traducción del libro de Albert Londres, al cual apreciaba sobremanera (aquí apunté un tanto a mi favor: como hablábamos mucho de esos "viajes exóticos", un día tomé de mi biblioteca el excelente clásico *Viaje al Congo* de André Gide, dedicado "a la memoria de Joseph Conrad", que relataba libreta en mano su recorrido de diez meses por las colonias francesas en África y no escondía crueldades e injusticias; luego de leerlo me invitó a almorzar para hablar del mismo); me contó de la adaptación al cine de varios de sus cuentos y me confesó que le hubiese gustado ser director; intercambiamos impresiones sobre nuestras entusiastas lecturas de los clásicos rusos (él admiraba a Gorki, yo a Gogol y ambos jurábamos por Chéjov). También en Legasa con deriva al

cercano bar de Gascón y Rivadavia logré armar un par de encuentros entre Bernardo y mi gran amigo Jorge B. Rivera, probablemente el crítico que mejor conocía la narrativa de Kordon.

Pero al avanzar la década del ochenta la actividad de Bernardo fue menguando en forma creciente. Por Legasa dejó de venir y a la vez supe que sus visitas casi diarias al 1311 de Corrientes se habían ido espaciando hasta extinguirse. Sus amigos de Fausto, Gregorio Schwartz, dueño de la librería y gran amigo de Kordon, el encargado José Luis Retes, que mucho lo apreciaba, y varios de los vendedores, para quienes era una figura habitual por las tardes, se preocuparon. Y por cierto no solo ellos. Algunos ya habíamos advertido leves deterioros de su salud y barajábamos entonces diversas hipótesis sobre su enfermedad. Marina, su compañera, hacía de filtro y se mostraba muy reticente en la información. Acceder a él se volvió una lotería (y no grata).

Recordemos que Bernardo había publicado en forma sostenida durante casi cincuenta años; en cambio, ahora se mantenía en silencio y cuando lo rompía era penoso, pues sus trastornos motrices y su deterioro cognitivo avanzaban inexorablemente. Y él luchaba contra ellos denodadamente, pero sin posibilidad alguna de éxito.

MLG: Aunque no creo que le resulte fácil, ¿podría aclararme este punto?

JL: No solo es difícil; ante todo es muy doloroso. No obstante, voy a intentarlo recordando un par de episodios que dan cuenta de esta situación hacia 1990.

Justamente ese año la Secretaría de Cultura de la Nación convocó a un singular concurso de cuentos auspiciado y promovido por la Fundación de Alejandro Romay. A un grupo de críticos, entre los que me conté, se le encargó confeccionar una lista de “los cuarenta mejores cuentistas nacionales vivos”; y sobre esa base se le solicitó a cada uno de los seleccionados que escribiese un cuento *ad hoc* para su publicación en libro. Bernardo Kordon por supuesto figuró entre los seleccionados. Quienes entraron en la jugada apelaron a borradores que tenían en carpeta, o retocaron algún viejo texto, o también se largaron a partir de cero. Bernardo eligió esta última opción, como un duro desafío. Luego me pidió que le ayudase a revisar el resultado. Mi corazón se estrujó: “El novio” era una pésima sombra de los grandes relatos kordonianos (solo me resultó simpático, y en cierto modo significativo, la firma del autor: Juan Tolosa, el linyera protagonista de *Un horizonte de cemento*, su buena novela inicial).

Un par de años después, Claudio Zeiger intentará –y muy trabajosamente logrará– realizarle una entrevista. El relato de su desarrollo, que Zeiger ha reiterado más de una vez, con secuencias de encuentros y desencuentros, resultó una verdadera odisea. Idas y vueltas, vueltas en redondo, diálogo entrecortado y a veces contradictorio, llamadas telefónicas varias que no desanimaron al entrevistador. Pese a tales dificultades, y gracias a la destreza periodística de Zeiger, en el resultado se pueden leer algunos buenos juicios, hasta alguno impactante, como el enfático reconocimiento hacia la obra de Borges, sin duda “el mayor escritor nacional” (cuando por lo general se había señalado su vinculación con los boedistas y, en particular, con Roberto Arlt).

Estos, que yo sepa, han sido el último cuento que escribió Bernardo y la última entrevista que se le pudo realizar. Pero desde ese entonces pasaron diez años hasta su muerte en Santiago de Chile el 2 de febrero de 2002, a los 87 años. Sin tapujos ni

cortapisas, digámoslo: Bernardo vivió los últimos diez años de su vida a la sombra de su muerte, en un marasmo de extrema injusticia, dentro de una concatenación de hechos sin memoria. Sí, el Alzheimer provocó en él una pérdida de la memoria que llegó a ser un blanco absoluto; pero además había un trasfondo histórico oscurísimo: en nuestro país su demencia senil se desplegó durante el despilfarro menemista (la imprenta familiar de la Avenida Córdoba, que suponía su principal entrada económica, fue liquidada), luego Marina decidió, o debió, vender el comfortable departamento de la Avenida Santa Fe y, en 1998, ambos se trasladaron a la capital chilena, donde Marina tenía familiares que podían ayudarlos. Pero inesperadamente, a poco de llegar, ella muere y él es internado en un geriátrico hasta el fin de sus días.

MLG: Para cerrar este interrogatorio desearía que me diese un par de respuestas, que se complementan: ¿para usted qué lugar ocupa la obra de Kordon en nuestra literatura? Y a su juicio, ¿ella está relegada o, por el contrario, ha sido bien valorada?

JL: Para la primera parte de esta doble pregunta, solo una afirmación, que es una observación obvia. En nuestra literatura el cuento se inicia magistralmente con “El matadero”, escrito hacia mediados del XIX por Echeverría. En el siglo siguiente se da una formidable secuencia, que va desde el oriental Horacio Quiroga hasta Mariana Enríquez y Samanta Schweblin, entrado ya el presente siglo. Prueban e ilustran esa secuencia Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Silvina Ocampo, Rodolfo Walsh, Daniel Moyano, Abelardo Castillo, Hebe Uhart, Elvio Gandolfo y unos pocos más. En esa serie Bernardo Kordon ocupa un lugar prominente con, al menos, tres relatos: “Toribio Torres, alias Gardelito”, “Domingo en el río” y “Kid Ñandubay”; y, sin duda también, con cuentos como “Tripulantes de Buenos Aires”, “Los ojos de Celina”, “La desconocida”, “La última huelga de los basureros”, “Hotel Comercio”, “Maruja la rumbera”, “Un poderoso camión de guerra”, entre otros.

La segunda parte de la pregunta podría respondértela con un “ni tanto ni tan poco”. Me explico: cuando llegó la noticia de que Bernardo había muerto, Guillermo Saccomanno manifestó un sentimiento que en ese momento muchos compartimos: “Ninguneo, desidia, olvido”. Poco después Abbate dirá que Kordon “es un autor que, no obstante la solidez de su compromiso narrativo, muy pocos leen o tienen en cuenta”. Y años atrás a Jorge Rivera le resultaba “auténticamente asombroso” que, a lo largo de sus seis volúmenes, la *Historia de la literatura argentina* (1958/60) de Rafael Alberto Arrieta “no registrase el nombre de Kordon”. Más grave me resulta que un ninguneo similar persista hoy en la *Breve historia de la literatura argentina* (2006) de Martín Prieto. Sin embargo, revisando los trabajos sobre Kordon que tengo en mis archivos, compruebo que entre ellos hay unas cuantas lecturas muy buenas, lecturas cálidas, lecturas atentas, lecturas agudas. No quiero ser yo quien dictamine en particular sobre ellas por lo que doy la nómina completa de esos textos ordenados cronológicamente:

1961, Pablo Neruda: (prólogo a) *Vagabundo en Tombuctú, Alias Gardelito y otros relatos*, Editorial Losada.

1963, Juan José Sebreli: prólogo a la edición de *Un horizonte de cemento*, con dibujos de Juan Carlos Castagnino, Ediciones Siglo Veinte.

1970, Francisco Herrera: entrada en la *Enciclopedia de la literatura argentina* dirigida por Pedro Orgambide y Roberto Yahni, Sudamericana.

- 1972, Jorge B. Rivera: “Lo más representativo de Bernardo Kordon”, nota en “Cultura y Espectáculos” del diario *La Opinión*, 16-9-72.
- 1978, Ulyses Petit de Murat: “El barco ebrio de Bernardo Kordon”, prólogo a *Manía ambulatoria*, El Ateneo.
- 1981, Bernardo Kordon: entrevista y cuento en *Nudos en la cultura argentina*, año 4, N° 10, Buenos Aires.
- 1982, Bernardo Kordon: respuestas a la entrevista realizada en la segunda edición de *Capítulo argentino*, fascículo 138, tomo 6 de esa Historia de la literatura, del Centro Editor de América Latina.
- 1983, Juan José Sebreli: “Los relatos de Bernardo Kordon”, prólogo a una reedición de *Reina del Plata*, y que al año siguiente el autor incluyó en *El riesgo de pensar* y reprodujo luego, con el agregado de unas páginas sobre “Alias Gardelito o el fracaso del mal”, en *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, 1997, Sudamericana.
- Jorge B. Rivera: “Bernardo Kordon: escorzo de un narrador argentino”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 398, Madrid.
- 1990, Mempo Giardinelli: entrevista a B.K., “Escribir es un ejercicio dudoso porque es un ejercicio solitario”, en *Puro cuento*, N° 21, que reprodujo Giardinelli en su libro *Así se escribe un cuento*, 2012, Capital Intelectual.
- 1992, Jorge B. Rivera: selección, presentación y noticia bibliográfica de *El misterioso cocinero volador y otros relatos* de Bernardo Kordon, Biblioteca Básica Argentina, N° 45, del Centro Editor de América Latina.
- 1998, Susana Cella: entrada en su *Diccionario de literatura latinoamericana*, El Ateneo.
- 2001, César Aira: entrada en su *Diccionario de autores latinoamericanos*, Emecé-Ada Korn.
- 2002, AA.VV.: “Bernardo Kordon, adiós pampa mía”, en *Radar Libros*, suplemento de *Página/12*, 10 de febrero, con colaboraciones de Guillermo Saccomanno, Pedro Orgambide, Germán García, Pedro Lipcovich y Claudio Zeiger.
- 2004, Florencia Abbate: “La exploración de líneas heterodoxas, Enrique Wernicke, Bernardo Kordon, Arturo Cerretani, Alberto Vanasco”, en la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik, “El oficio se afirma”, volumen 9 dirigido por Sylvia Saítta, Emecé Editores.
- 2006, Eduardo Romano: “No se olviden de Bernardo Kordon”, en *Orbis Tertius*, año XI, N° 12, Universidad Nacional de La Plata.
- 2007, Guillermo Korn: “La ciudad terrenal, Bernardo Kordon y Valentín Fernando”, en el tomo 4 de la *Literatura argentina siglo XX*, dirigida por David Viñas, “El peronismo clásico (1945-1955)”, volumen compilado por Korn, Paradiso.
- 2009, Germán García: “Bernardo Kordon, una obra clara y extraña”, prólogo a *Toribio Torres (alias Gardelito)...*, Mil Botellas.
- 2012, José Judkovski: *Bernardo Kordon. Claves para su comprensión*, Academia Porteña del Lunfardo.
- 2015, Ariel Bermani: “Diez apostillas” (prólogo a) *Un poderoso camión de guerra*, Blatt & Ríos.

El listado anterior dista de ser exhaustivo (por ejemplo, en el número 45 de la revista *Sudestada* de 2005 hay varios trabajos sobre Kordon, como seguramente otros que no he podido leer; está mi reseña en la revista *Davar*; conozco dos doctorandos que

trabajan sobre su obra, etc.), pero sí es indicativo de la medida en que se le prestó atención crítica a este escritor, que nunca formó parte de capillas o núcleos concentrados y que supo alentar a los jóvenes escritores que se le acercaban. Simultáneamente apuntemos que han circulado unos 25 títulos de Kordon publicados en Buenos Aires entre 1936 y 1983, más *Muerte en el valle* que en 1943 editó Cultura en Santiago de Chile; si bien debe aclararse que Kordon a menudo trasvasaba sus relatos de un volumen a otros, pero también hay que señalar que hubo varios títulos del autor que se reeditaron, y algunos más de una vez.

Para concluir este recorrido, adhiero a una buena observación de Florencia Abbate en su texto de 2004: “Sin haber sido nunca dominante, la línea que Kordon exploró ha seguido siendo transitada. Afines le son, por ejemplo, libros como *La reina de las nieves* (1982) de Elvio Gandolfo o *El desamparo* (1999) de Gustavo Ferreyra, e incluso los caminos que sigue actualmente una zona de la nueva poesía y el nuevo cine argentino”. Y agregaría por mi cuenta, la obra narrativa de varios de los expositores de estas Jornadas, como Ariel Bermani, Jorge Consiglio, Marcelo Britos, Claudio Zeiger y, en alguna medida, la misma Florencia Abbate. Creo que este compartido reconocimiento lo hubiese hecho muy feliz.

Cerramos esta entrevista agregando que, desde el primer encuentro, Jorge Lafforgue mostró buena predisposición para responder las preguntas propuestas. El texto que nos ofrece tiene un gran valor testimonial, pues comparte un punto de vista particular, una mirada diferente alejada de la crítica textual sobre Bernardo Kordon: el escritor porteño que describió con detalle y estilo único las características, las costumbres y la supervivencia de personajes marginados en la ciudad, sin ser blancos de censura o juicio negativo.